

**KATHERINE MANSFIELD**

*Leves amores*

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



LOS RELATOS DESCONOCIDOS  
DE MANSFIELD



Leves amores  
y otros cuentos

Katherine Mansfield

Leves amores  
y otros cuentos



Traducción, selección y notas de  
Juan Camilo Perdomo Morales



Primera edición: octubre de 2024

© de la traducción: Juan Camilo Perdomo Morales 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024  
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-129382-0-3  
Depósito Legal: M-22714-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Mujer joven vestida de verde,  
al aire libre bajo el sol*, Mary Cassatt (c. 1914)

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## NOTA DEL TRADUCTOR

*La Vida imita al Arte incluso más  
de lo que el Arte imita a la Vida*

OSCAR WILDE

A pesar de que Katherine Mansfield sostenía que no era una buena escritora, es innegable su importancia en el panorama literario del siglo xx y, después de cien años de su fallecimiento, Funambulista se suma al creciente interés por la obra de Mansfield en español y con esta antología se complace en honrar su memoria.

Afortunadamente, existen muchas y variadas ediciones de las obras de Mansfield en español, pero suelen limitarse a alguno de los ocho libros publicados por Mansfield y su esposo, o a selecciones de sus cuentos más conocidos y populares, es decir, a aquellos relatos publicados en *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, su obra más famosa.

Sin embargo, las ediciones completas en español son, paradójicamente, bastante incompletas, ya

que comienzan con los trece cuentos de *En un balneario alemán*, publicados en 1911 y terminan con los de *El nido de la paloma*, de 1924. Sin embargo, si tomamos, por ejemplo, *The Edinburgh Edition of the Collected Works of Katherine Mansfield*, editada por Gerri Kimber y Vincent O'Sullivan, constataremos que Mansfield escribió al menos sesenta cuentos antes de 1911 y casi una treintena de cuentos pensados para publicarse después de 1923 en un libro que nunca vio la luz por su muerte.

Si bien esta edición no pretende añadir todos los inéditos en español a la obra de Mansfield, eso sería imposible en un solo libro, sí tiene como objetivo descubrirle nuevos horizontes al lector respecto a su obra literaria y servirle como una invitación para ahondar en sus letras, además de como guía para comprender y habitar el inmenso mundo de la autora.

Por desgracia, hemos tenido que dejar de lado una gran cantidad de cuentos, pues, de lo contrario, esta edición sería colosal. Aun así, hemos optado por incluir los relatos, los fragmentos, las ideas y los borradores que consideramos más significativos y representativos y que, con frecuencia, incluso son omitidos o ignorados en su idioma original.

Así pues, esta edición abarca una amplia gama de cuentos que abordan casi todas las etapas de la vida de Mansfield. Hemos incluido relatos escritos

a la temprana edad de siete y ocho años, narraciones de su adolescencia y algo de su obra más madura con fragmentos inconclusos que evidencian la cruda realidad de una enfermedad que la alejó de las letras.

También hemos incluido rarezas y tesoros ocultos de su catálogo, como una serie de aforismos que difieren notablemente de su estilo habitual, un relato breve con matices góticos, una prosa experimental que ha sido descrita tanto como poesía como ficción, un cuento que permaneció oculto hasta 1988 y microcuentos inéditos que son auténticas joyas vanguardistas para la época.

No obstante, pese a nuestro esfuerzo, Mansfield nos sigue y nos seguirá resultando desconocida en castellano. Su obra es inmensa, está compuesta por cientos de cuentos, poemas, borradores, entradas en su diario o ideas, pero esperamos presentarles una faceta única e inigualable en nuestro idioma y acercarlos, además, a su proceso creativo, a su forma de escribir, a su evolución estilística, a sus influencias y, en términos generales, a todos aquellos elementos que perduraron a lo largo de toda su vida.

Mansfield mostró un fuerte interés por la literatura a muy corta edad, por lo que sus primeros cuentos los escribió con siete u ocho años. En su adolescencia se sumergió en la edición de revistas

escolares en Wellington, como la *Wellington Magazine* o la *High School Reporter*, y en Londres en la *Queen's College Magazine*, donde conoció a Ida Baker, su eterna compañera.

Pronto comenzó a escribir y publicar no solo en publicaciones escolares, sino también en revistas literarias de Nueva Zelanda, Australia, Inglaterra y Francia, por lo que fácilmente trabajó como editora de revistas, como la *The Native Companion* y *The Graphic*, entre otras.

Así, dividió su tiempo entre sus labores editoriales y su carrera como escritora, y durante este período publicó cuentos, poemas y escritos experimentales que desafiaban toda categorización, y fue reconocida y apreciada por los lectores de publicaciones como el *Rhythm*, el *Dominion*, el *Evening Post*, el *Lone Hand*, el *Triad*, el *Daily News* y el *Pall Mall Magazine*, por nombrar solo algunas.

Su vida personal siempre fue turbulenta, no encajó del todo en su familia, nunca cumplió con las expectativas que tenían de ella, ni fue el tipo de mujer que ellos esperaban que fuera. Tuvo problemas con sus padres, se sintió marginada, relegada por sus otros hermanos, poco amada, incomprendida y sola. Además, su interés sexual por las mujeres resultó incómodo y molesto tanto para su familia como para la sociedad; e incluso, en ocasiones, para sí misma.

Presa de prejuicios y tabúes, Mansfield ansiaba ser libre y así vivió, sin ataduras ni restricciones. Quedó embarazada a los veinte años de un joven músico, que era hermano de un novio anterior, contrajo matrimonio con un profesor del que se divorció la misma noche de la boda, escapó de su familia en Inglaterra y tuvo numerosos amantes. Ella, simplemente, expresó su libertad con su peculiar forma de vivir y su estilo único de escritura. Escribió como solo ella pudo hacerlo.

Mansfield conoció el panorama literario inglés tras llegar a Londres para continuar sus estudios. La naturaleza de sus trabajos literarios le propició reconocimiento, y mantuvo un intercambio de misivas con Virginia Woolf, con quien llegó a entablar una curiosa rivalidad amistosa. Woolf sentía celos de los personajes de Mansfield, y Mansfield envidiaba su capacidad de escribir.<sup>i</sup>

---

i. Mansfield admiraba a Woolf, quien había leído ya *En un balneario alemán*, ambas compartían un conocido en común, el escritor Lytton Strachey, al cual Mansfield le rogó que le presentase a Woolf. Aunque Woolf llegó a afirmar que: «Estoy celosa de su escritura, es la única escritora de la que jamás haya estado celosa», tras conocerla, escribió: «Mansfield huele como una gata civeta que se ha vuelto callejera [...]. En realidad, me sorprende un poco su vulgaridad, sus frases son tan burdas y baratas. Pero, cuando se aleja de esto, resulta tan inteligente que recompensa su amistad». Woolf también escribió que el aspecto de Mansfield le parecía feo y ordinario, aunque su gran intelecto la convertía, como la propia Woolf

Es cierto que, a pesar de su amistad, Virginia Woolf sentía cierto recelo hacia Mansfield, principalmente porque Woolf la consideraba «vulgar» y «ordinaria». Por ejemplo, en el cuento «Un pepinillo al eneldo», Mansfield utiliza la fruta como metáfora de la atracción sexual, un tema que la sociedad de la época miraba con desaprobación y que se sumó a su controvertida vida amorosa. Blanco de comentarios y prejuicios sociales, Woolf llegó a escribir una carta de queja a Mansfield, expresando su descontento y desaprobación respecto a la vulgaridad de su comportamiento y, en parte, de su obra.

A pesar de esto, la relación entre Mansfield y Woolf se fue estrechando cada vez más, y terminó por acercarla al grupo de Bloomsbury. Para algunos historiadores, Mansfield nunca hizo parte del grupo, para otros, fue una importante miembro que dejó y recibió una fuerte influencia de ellos.

---

afirma, en una «de las mejores escritoras». Mansfield, por su parte, se centró en su admiración y amistad por Woolf, pero sí llegó a criticarle su fragilidad e inestabilidad emocional, y consideraba que sus personajes carecían de «proyección humana», justamente esa proyección que ella dio a los suyos. Fue tal su admiración que los Woolf quisieron publicar el cuento «Preludio» en su editorial, Hogarth Press, pero cometieron un error tipográfico y lo titularon «*THE Prelude*», haciendo alusión al poema de Wordsworth. Si bien Mansfield admiraba a Wordsworth, este equívoco hizo pensar que el cuento aludía al autor, pero tan solo fue, como lo dice Murry, «un error estúpido».

Lo cierto es que Mansfield nunca se sintió parte del círculo, como tampoco relevante en el panorama literario inglés, pues, como consignó en su diario, el grupo la percibía como «la pequeña colonizada que camina en los jardines de Londres y a quien se le permite mirar, pero no quedarse».<sup>ii</sup>

Minimizada por sus colegas, la crítica literaria ni siquiera equiparó su obra a la de cualquier autora inglesa, mucho menos a la de un autor masculino y, a lo sumo, se la consideraba una buena representante de la literatura colonial, una literatura menor relegada para todo lo escrito fuera de Londres.

No resultan sorprendentes sus continuos reparos a los integrantes de Bloomsbury, verbigracia, no soportaba la literatura de Joyce, la cual le parecía egoísta e inaccesible, aunque hizo buenas migas con el biógrafo Lytton Strachey. Dentro del grupo, realmente no admiró a nadie, excepto a Virginia Woolf, quien fue, quizás, una de las escritoras inglesas a las que Mansfield admiró, junto con Austen y Wyllarde.

A menudo, esto sirve para argumentar cierto desdén de Mansfield por la literatura escrita por mujeres en Inglaterra, pues, como ella misma afirma,

---

ii. En Inglaterra no era considerada inglesa, pero, curiosamente, en Francia y en Italia sí. Incluso, durante su estancia en Italia, a ella y a un amigo les gritaron: «Fuera. No queremos más ingleses aquí».

Me resulta difícil hacer una valoración crítica de la obra de Katherine Mansfield. Durante años estuve involucrado en hacerla, creí en ella, la publiqué y, por un breve instante, incluso la imprimí con mis propias manos. Ahora y siempre me es y me será imposible separarme del todo de ella. Solo puedo decir que su obra me parece más fina y pura que la de sus contemporáneos. Es más espontánea, más vívida, más delicada y bella. Katherine Mansfield respondió a la vida de una manera más completa que la de cualquier otro escritor que haya conocido. No hay ningún prosista inglés con quien se la pueda comparar. La revolución que supuso en el arte del cuento en Inglaterra fue totalmente personal. Muchos escritores han intentado continuar con su obra, ninguno ha alcanzado el éxito. Su secreto murió con ella. Y de los muchos críticos que han tratado de definir la calidad de su obra, que la hacen tan inimitable, todos se han visto obligados a abandonar el intento por desesperación [...], su arte era

de un tipo peculiarmente instintivo, las historias de Katherine Mansfield son leídas y amadas por innumerables personas sencillas, que encuentran en sus personajes una realidad viva que es poco frecuente en la literatura que suelen leer.

*Journals of Katherine Mansfield*  
JOHN MIDDLETON MURRY

ENNA BLAKE

1898  
(en *The Reporter*,  
*The Wellington Girls' College*, 1898)<sup>1</sup>

—Oh, madre, aún llueve y tú dices que no puedo salir.

Fue una niña la que habló, parecía tener diez. Estaba de pie, en una habitación bien amueblada, mirando por un gran ventanal.

—No, querida Enna —dijo su madre—, tienes un pequeño resfriado y no quiero que empeore.

Justo entonces sonó el gong del almuerzo y se dirigieron al comedor. En medio de la comida entró la criada con unas cartas en la mano, había una para Enna y otra para la Sra. Blake. Como había dejado de llover, salieron todos fuera después de comer, Enna se sentó a la sombra en un rincón y comenzó a leer su carta. Era una nota de Lucy Brown en la que le pedía a Enna y a su madre que pasaran unas semanas de vacaciones junto con ella

en su casa de Torquay. Enna estaba encantada y corrió a contárselo.

Y así sucedió que a la mañana siguiente subieron al tren que las llevaba hasta Torquay. Cuando Enna se cansó de mirar por la ventana, se recostó en su asiento y no supo nada más hasta que oyó al maletero gritar: «Torquay». Lucy estaba en la plataforma esperándolas para darles la bienvenida.

—Estoy tan contenta de que hayan venido —dijo—, mamá creyó que tu música iba a impedirte.

Tuvieron un agradable viaje hasta Sunny Glen, eran las nueve de la noche cuando llegaron, por lo que les dijeron que se fueran a la cama de inmediato, cosa que Enna hizo de buena gana.

El día siguiente estuvo precioso. La Sra. Brown propuso que fueran a recoger helechos.<sup>2</sup> Así que, tan pronto desayunaron, salieron a hacerlo.

—Parece el día perfecto para divertirnos —dijo Lucy mientras subían la colina.

—Sí —respondió Enna—, aquí los días son mucho más bonitos que en Londres.

A eso de las doce en punto, las dos niñas se sentaron sobre un tronco y comieron sus refrigerios.

—Creo que sería estupendo buscar un poco de musgo —dijo Enna.

Así que ambas se pusieron en marcha. Las niñas pasaron un día maravilloso y consiguieron

muchos helechos hermosos y algunos otros musgos bellísimos. Aquella noche, Enna dijo que fue el mejor día que jamás había tenido en el campo. El día siguiente fue muy lluvioso, por lo que tuvieron que quedarse en casa, aunque prepararon pasteles, panecillos, galletas de jengibre y otras muchas delicias para una fiesta que querían celebrar el día después. A eso de las ocho de la noche, el tío de Lucy trajo en las manos una caja para su sobrina. Al abrirla, encontró un adorable gatito, de un blanco puro, salvo por una mancha negrita en el cuello. Lucy estaba encantada y jugó con él el resto de la noche.

El tercer día de la estancia de Enna fue muy agradable. Las niñas salieron a dar un paseo por la mañana y visitaron a unas amigas de Lucy por la tarde. Cuando tomaron el té, un caballero visitó a la Sra. Brown y las entretuvo durante el resto de la noche. De hecho, las semanas pasaron volando y, cuando las vacaciones llegaron a su fin, Enna pensó que habían sido las vacaciones más felices que jamás había tenido.

## SU AMIGUITO<sup>3</sup>

1898-1899

(en *The Reporter*,

*The Wellington Girls' College*, 1899;

en *New Zealand Graphic & Ladies Journal*, 1900)

En un tranquilo pueblecito de S... moraba una pareja de ancianos, cuyos nombres eran John y Mary Long. Tenían una cabañita apartada de la carretera con un amplio jardín frontal y ambos eran escrupulosamente limpios y prolijos. Mary se había casado con John cuando tenía diecinueve años y habían vivido en la misma cabañita desde entonces. Ahora, ella tenía más de sesenta, y él, setenta y tres. Mary se dedicaba a la costura, mientras John vendía frutas y verduras a los vecinos.

Había sido un día caluroso y John había estado recogiendo fruta y cosechando verdura casi todo el día. Eran ya las seis en punto y Mary lo había llamado a tomar el té. Él dejó sus herramientas en un cobertizo y entró.

—¿Te limpiaste los pies, John? —dijo Mary con voz cortante y dirigió la mirada desde la tostada que untaba con mantequilla a las botas en cuestión.

—No, Mary, no lo he hecho —dijo dócilmente—, pero ahora mismo voy y lo hago.

Se dirigió al tapete, limpió sus botas con cuidado, regresó a la cocina y se sentó a tomar el té. Nunca había tema de conversación entre ellos durante las comidas. John tomó el té, volvió al jardín durante media hora más, leyó el periódico y se acostó.

—John, iré contigo al pueblo —dijo Mary—, tengo que llevarle a la Sra. Gage el vestido que me encargó.

A las nueve en punto partieron. John con sus paquetes de fruta y verdura, y Mary con su encomienda. Cuando llegaron al pueblo, vendieron sus productos, compraron algunos víveres y volvieron a casa. Casi habían regresado cuando se encontraron al pastor del pueblo.

—Oh, buenos días —dijo con amabilidad—. No la he visto acompañando a su esposo últimamente a la iglesia, Sra. Long.

—No, señor. El pasado *Sabbat* sufrí una neuralgia y no pude ni moverme, por lo que le dije a John que fuera solo.

—Lamento que tuviera una neuralgia —respondió el ministro con seriedad—, pero espero verla el próximo domingo. Tengan un buen día. Ah,

por cierto, Sr. Long, ¿podría, por favor, llevarme fruta y verdura?

—Con mucho gusto, señor —contestó John.

—Muy bien, llévelas los lunes y los jueves.

Y continuaron su camino. El lunes siguiente John partió con lo mejor de su fruta y verdura para el ministro. Le vendió sus cosas y, justo al salir por la puerta, escuchó un sonido, como si alguien sollozara. A John, aunque no lo pareciese, le encantaban los niños y, al mirar atrás, vio a un niño sollozando dolorido.

—¿Qué te pasó, hombrecito? —dijo John.

El niño levantó el rostro manchado para mirarlo.

—Por favor, señor —dijo—, mamá *tá* enferma y no tenemos *naida* que comer.

John recordó que Mary había ido al pueblo a pasar el día con algunas amigas, por lo que amablemente le dijo:

—Ven conmigo y veremos qué podemos hacer.

El niño se levantó, estrechó con la diminuta mano la grandota de John y dijo:

—Creo que *uté* es muy amable. Mi nombre es Bobbie, ¿cuál *é* el suyo?

—Me llamo Sr. Long —respondió John.

Tras eso, avanzaron con esfuerzo aunque rápidamente, mientras el niño divertía a John con su

parloteo. Llegaron a la cabaña, recogieron algunos víveres y fueron a casa de Bobbie, la cual era una morada bastante miserable.

—Pase a conocer a mi *amá* —dijo Bobbie, que había recobrado el ánimo.

—Creo que debería marcharme —respondió John.

Dejó los víveres sobre la mesa, le prometió que le haría un barquito con un trozo de madera que tenía en casa y se marchó. Al llegar a su hogar, John empezó a construir el barquito prometido y, a decir verdad, lo elaboró con muchísima habilidad. El resto del día John lo dedicó a su jardín.

John no vio a su pequeño amigo hasta el jueves siguiente. Llevaba consigo el barco y se encontraron en el mismo lugar. Bobbie corrió hacia él y le dio una cordialísima bienvenida.

—Pensé que *uté* nunca vendría. Lo tuve *esperando* cada día —dijo.

—Aquí está el barco que te prometí —respondió John desenvolviendo su presente.

La recompensa por todos los esfuerzos que le había tomado elaborarlo fue la mirada de admiración y regocijo que llenó los ojitos del niño.

—Oh, Sr. Long —exclamó—. ¿De verdad es *pa'* mí?

—Sí —dijo John, y le entregó el regalo al emocionado niño.

—*Gasias* —dijo—, la *póxima* vez que venga, Sr. Long, tendré un *pesente pa' uté*.

—Vendré aquí el lunes —respondió John, y luego ambos partieron.

John tenía muchísima curiosidad por saber qué era lo que Bobbie tendría para él, así que el lunes siguiente fue un poco más temprano a casa del ministro, pero Bobbie se le había adelantado y ya se encontraba allí cargando, entre los brazos, un gatito blanco y negro.

—Aquí, Sr. Long —gritó—, aquí hay un *pesente* para *uté*.

John aceptó el regalo muy agradecido, pero, cuando llegó a casa, procuró que Mary no viera su pequeña mascota. Así, cada lunes y jueves John veía a Bobbie, y una gran amistad surgió entre ellos.

El cariño de John por Bobbie crecía cada día más y, privándose de ciertas comodidades para hacerle pequeños obsequios, se ganó el cariño del niño. Una mañana, John fue con sus productos como de costumbre, pero Bobbie no estaba allí. Pensó que debía haber alguna razón para ello y, mientras miraba a su alrededor, se percató de que una mujer corría hacia él.

—¡Oh! Por favor, señor —dijo jadeante al alcanzar a John—. Bobbie *tá* muy enfermo y sigue llamando a un tal Sr. Long. ¿Sabe *ónde* vive él?

—Yo soy el Sr. Long —dijo John—. Vamos de inmediato. ¿Qué le sucede?

—Ha estado enfermo desde el lunes con un resfriado y el *dotor* dice que podría no pasar de hoy.

Para ese momento ya habían llegado a la cabaña y, en cuanto entraron, una muchacha salió a su encuentro.

—Acaba de despertarse —dijo, y John entró.

Cuán diferente se veía el pequeño Bobbie allí acostado.

—Sr. Long —susurró con debilidad—. Quería verlo. *Toy* tan contento que *té* aquí.

John le susurró al pequeño palabras de amor con ternura. De repente, una sonrisa iluminó el rostro del niño. Estiró los brazos.

—Sí, *toy feliz* —fue todo lo que dijo. Luego, se dejó caer sobre la almohada. El pequeño amigo de John había muerto.

## UNA NOCHEBUENA FELIZ<sup>4</sup>

1899

(en *The Reporter*,  
*The Wellington Girls' College*, 1899)

El reloj de la ciudad marcó las doce y media, y un suspiro de alivio llegó de los niños en el pequeño salón de clases en casa de los Courteney.

—Me alegra que hayan terminado las lecciones —dijo Grace, la mayor—, no he podido aprender nada hoy.

—Bueno —dijo Fanny—, seamos rápidas, recojamos los libros y ordenemos la habitación. Mamá dijo que quería vernos después de las lecciones de la mañana.

La habitación fue ordenada enseguida y los niños corrieron al estudio para ver a su madre.

—Buenos días, mis amores —dijo la Sra. Courteney cerrando el libro que estaba leyendo—. Como ha sido suficiente por hoy, os llevaré conmigo al pueblo a comprar los regalos para nuestro árbol.

Ese año, los Courteney's planeaban conseguir un árbol navideño para los niños pobres.

—¡Qué maravilla! —respondieron los niños bailando de alegría por toda la habitación—. ¿Iremos inmediatamente después de comer, mamá?

—Sí, creo que sí, queridos. Ahora, id con la niñera y preparaos para el almuerzo.

Qué tarde tan atareada tuvieron, compraron cosas de todo tipo y descripción, ¡grandes y pequeñas también! Estaban cansados cuando llegaron a casa y muy contentos de irse a dormir. Al cabo de una semana sería Nochebuena y, como iban a mostrar el árbol esa noche, tenían que darse prisa.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, en lo primero que pensaron fue en todos los regalos que habían comprado.

—Me pregunto si habrán llegado ya —dijo Harold a su favorita, Beth—. ¿Crees que estarán aquí?

—Creo que sí —dijo Beth—, mamá será rápida.

Pasaré por alto los próximos días y retomaré mi historia la mañana antes de Navidad. El día amaneció claro y radiante, los niños se levantaron muy temprano.

—Nunca me he sentido más feliz —dijo Harry, dándole un apretón al brazo de Fanny—. Ya sonó la campana del desayuno, tenemos que darnos prisa.

Fue imposible guardar silencio a la hora del desayuno, parlotearon todo el tiempo sobre el árbol.

—¿Qué vamos a hacer esta mañana, mamá? —dijo Grace.

—Vamos a dar un paseo para despejarnos, cariño.

Dieron un largo y agradable paseo y, cuando volvieron, el alboroto que se escuchaba en el estudio era maravilloso.

—¡Oh, cielos! Quiero ver, pero arruinaría toda la diversión —dijo Beth.

Una extraña multitud, harapienta y sucia, llegó esa noche con una mirada de curiosidad en los ojos. Cuando todos hubieron llegado, se abrió de par en par la puerta del estudio y vieron el árbol de Navidad en todo su esplendor. Desearía poder hacerles ver la alegría en los rostros de los niños. Realmente, fue un espectáculo digno de admirar. El árbol estaba lleno de dulces, frutas y regalos, había uno para cada uno junto a una bolsa repleta de dulces. Luego, juegos, una cena en la que los niños comieron con ganas, más juegos y, después, volvieron a casa. Cuando los invitados se hubieron ido, los niños se sentaron solos en el estudio a hablar de lo sucedido esa noche. Pronto entró su madre, quien parecía muy cansada.

—Bueno, niños —dijo—, ¿qué tal lo pasasteis por aquí?

—Mamá —respondieron—, es la Nochebuena más feliz que jamás hayamos tenido.